

En Tierras del Plata

Reproducimos a continuación un fragmento de “Palabras para la cuna”, texto lido por José Costa Figueiras no acto fundacional da Asociación de Chantada en Bos Aires, da cal o autor foi presidente. O documento sería publicado posteriormente no seu libro *En Tierras del Plata*.

Contidos:

- COSTA FIGUEIRAS, José: *En Tierras del Plata (Mosaico de impresiones)*, Madrid: Gráfica “Ambos Mundos”, 1921, p. 65-69.



CONSELLO DA CULTURA GALEGA
Arquivo da Emigración Galega

PALABRAS PARA LA CUNA

Las dijo el autor al asumir la presidencia de la Casa de su pueblo el 5 de diciembre de 1915, en el Centro Gallego de Buenos Aires.

Señores:

Antes de iniciar los debates de esta asamblea constituyente de la Asociación de Chantada y su partido, yo quiero haceros algunas consideraciones; quiero referirme, siquiera sea de una manera sucinta y a pesar de que conoceis ya los Estatutos, al objeto que nos impulsó a reclamar vuestro concurso. He de referirme también a los propósitos que han animado y animan a los iniciadores de la sociedad, así como a nosotros los que hemos tenido el honor de ser designados para organizarla. Por las circulares y por las informaciones de la prensa conocéis ya, no sólo los nombres de los iniciadores y de los organizadores, sino también los trabajos realizados hasta hoy. Resulta, pues, inútil hablaros de lo hecho, ya que equivaldría a distraer vuestra atención repitiendo lo que ya sabéis.

No he de ocultaros, empero, una gratísima impresión por mí experimentada en la primera junta que celebramos en este patriótico recinto, en este hogar de Galicia en la Argentina, en este baluarte de la hidalguía española. En este admirable Centro Gallego en cuyas honrosas filas tenéis todos el deber de alistaros, por tratarse de una institución que tan alto pone en América el glorioso nombre de nuestra región inolvidable. Es de buen agüero celebrar nuestras reuniones en esta casa. Aquí se labora por el bien de nuestros paisanos y por la nombradía de nuestra tierra. De la labor de los abnegados patriotas que encauzan esta institución hacia la meta del progreso, hemos de sacar nosotros provechosas enseñanzas. Vamos a imitar su altruista conducta, vamos a sumar nuestras energías a las de la honrosa legión galaica de Sud-América. Aunque en forma más modesta y en un campo de acción más reducido, contribuiremos también a intensificar la orla de gloria que circunda la efigie de la región donde vimos la luz. Habéis dado en nuestra primera junta una prueba de pausable confraternidad, de sano colectivismo. Hoy os congregáis de nuevo aquí, giados por el ansia de honrar a nuestro pueblo. Yo saludo en vosotros a los precursores de la glorificación del nombre de Chantada, a los legionarios del progreso de aquel partido acreedor a mejor suerte por la poesía de sus campos, por la riqueza de su suelo, por el decoro de sus hijos...

Aquí, en el destierro, he sentido muchas veces la congoja de la nostalgia al evocar la visión del hogar en que nacimos vosotros y yo. He recordado que allí aprendimos de nuestros progenitores a ser honrados, para poder lanzarnos con dignidad a la lucha por la existencia. También allí nos enseñaron nuestros maestros las nociones precisas para poder desempeñar discretamente los papeles que el Destino tuvo a bien asignarnos en el concierto social. En la campiña de Chantada –de hermosura sin igual, por sus bosques, por sus montañas, por su agros, por sus ríos– fortalecieronse nuestros músculos y se templaron nuestras almas. Así nos ha sido dable luchar serenamente por la vida, con la frente en la altura, con el corazón plétórico de sentimientos sanos, con la conciencia libre de manchas impuras, con el honor por norte, con el trabajo por escudo, con el deber por guía. Y es que en nuestros espíritus, forjados en el amor a nuestro pueblo, amor acrecentado por la ausencia, refléjase siempre la augusta serenidad de aquellos campos de maravilla que hoy, por desventura, ni vosotros ni yo podemos contemplar.

Recordad, señores, el paisaje de vuestra tierra. Ved con los ojos de la imaginación los prados de verdor eterno, cuajados de polícromas florecillas; los pinares sombríos donde las tórtolas elevan a Dios la canción idílica de su amor triunfante: los drúidicos castaños de copa secular a cuya sombra más de una vez los viejos labriegos habrán abatido la frente para llorar a solas por los hijos emigrados; los recios robles de nudosos troncos, emblemas de la fortaleza de nuestro linaje de aventureros, de gladiadores del vivir. Acordáos de las poéticas colinas sobre las cuales yerguen sus modestos campanarios sendas iglesias rústicas, a cuyo redor, más de una vez nos hemos congregado en las campestres fiestas tradicionales para oír las dulces notas de la gaita gemidora y tierna, para rendir vasallaje de admiración a la gallardía de las bellas mozas de ojos parladores, de labios enrojecidos por la sangre sana. Ved con la vista del recuerdo los riachuelos bulliciosos que se deslizan mansamente por entre sauces y espadañas, para poner deslumbrantes notas de luz en el paisaje, del cual pudiera así creerse que Dios ha querido aprisionarlo con fascinadoras cadenas de plata bruñida. Recordad los pintorescos caseríos semiocultos entre la arboleda, donde están las mansiones santificadas por la paz del campo y en muchas de ellas inconsolables madres que rezan por nosotros, los ausentes... Allá, al final, en el horizonte, ved la dentada silueta de la serranía, besándose con el cielo, ingente y azulada, altiva y vigilante, marco bien digno de la grandeza del panorama. Yo bien sé que al grabarse en vuestros espíritus las imágenes de vuestro país natal, sentiréis una emocionante sensación. Algo así como si os acariciase las entrañas una suave mano tibia. Es la caricia de la nostalgia...